

La auténtica calidad de vida de Cristo

Domingo 05 de Pascua 011

Hoy se habla de una buena calidad de vida cuando se piensa que para vivir con dignidad no solo se necesita vestido, vivienda y alimentación, sino otras cosas que hacen llevadera la existencia del hombre: un honroso trabajo, seguridad social y un libre acceso a los bienes de la cultura y de la convivencia fraterna. Eso es básico, y es el deseo a conseguir en una sana sociedad donde los bienes materiales sean patrimonio de todos.

Pero para el cristiano, esa "calidad de vida" quedaría a medias del camino, si no se tiene una plena, perfecta y profunda relación con el Dios de los cielos. Eso fue lo que Cristo consiguió con su mensaje, con su vida y con esa condición suya que no despreció la gama de situaciones que forman parte de la vida humana, con excepción del pecado. Y fue lo que los apóstoles no aceptaron no entendieron, incluso hasta el final de la vida de Cristo cuando él ya se iba de regreso a su Buen Padre Dios. A Dios lo conocieron los hebreos por sus acciones en pro de su pueblo, y por la alianza que gratuitamente hizo con aquellas gentes. Pero los dirigentes del pueblo, exagerando algunos rasgos tomados ciertamente del Antiguo Testamento, había ayudado a crear una imagen muy desdibujada del Dios de los cielos, haciéndolo pasar por un Dios castigador, enojado, siempre de mal humor al que había que tener contento con las ofrendas y los sacrificios, aunque el corazón estuviera lejos de él.

Cristo queriendo apurar hasta el último momento la comprensión de sus apóstoles del verdadero Dios, los exhorta en la última cena a confiar en él lo mismo que en el Padre Dios. Les pide que permanezcan en la paz y que estén confiados, pues si bien es verdad que él debe irse, será precisamente para prepararles un lugar cerca del Buen Padre Dios, y luego vendrá y los tomará a todos para llegar a ser la gran familia de los hijos de Dios. Cristo dice expresamente: "Yo los llevaré conmigo, para que donde yo esté, estén también ustedes". Yo me imagino a Cristo como la gallina que quiere que sus pollitos duerman calientes y protegidos bajo sus alas. Y por eso Cristo entregó su propia vida para que todos los que confían en él, puedan tener también la seguridad, el camino de acceso libre y al final la nueva vida de los hijos de Dios.

Sin embargo, Cristo encontró no precisamente la oposición, sino la gran dificultad para hacerse entender de sus apóstoles, pues hablándoles precisamente de su camino, Felipe le refuta que no sabían el camino a seguir, y fue necesario que Cristo dijera: "Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre si no es por mí. Si ustedes me conocen a mí, conocen también a mi Padre. Ya desde ahora lo

conocen y lo han visto". Ésta es entonces la auténtica calidad de vida, cuando hayamos seguido por el camino de Cristo para encontrarnos en los brazos del Buen Padre Dios en donde encontraremos cálida acogida.

Sin embargo, para llegar a esa situación idílica, tenemos que imitar a Cristo en su generosidad para todos los hombres, su opción los pobres y por los que sufren, su cercanía de los pecadores, los caídos y los rechazados por los hombres, su misericordia ante toda miseria humana, su deseo de estar con los marginados y los hambrientos, su ternura por los enfermos, los niños y las mujeres, y su profunda compasión por todos los que sufren. De esta manera, viendo el rostro de Cristo, él nos estará reflejando el rostro y el verdadero amor del Padre.

El Padre Alberto Ramírez Mozqueda espera sus comentarios en alberami@prodigy.net.mx